

Bécquer en la consideración crítica y estética de Juan Rejano.

MANUEL ABAD GOMEZ

No debe sorprendernos demasiado que el rechazo de los poetas españoles contemporáneos hacia nuestra lírica romántica, se compense, devota y críticamente, a partir del 27, -desde Guillén hasta Celaya-, por la ponderación hacia Bécquer (1), de quien José Pedro Díaz (2), por citar un texto de obligada lectura, estimó como la conciencia de mayor plenitud del Romanticismo y el más evidente apoyo

- (1) Sin duda, la Generación del 27 es la que está considerada como la más becqueriana, por ello reseñamos a continuación algunos títulos de integrantes del grupo que están relacionados bibliográficamente con la obra del romántico andaluz: JORGE GUILLEN "Bécquer o lo inefable soñado", en *Lenguaje y Poesía*, Madrid, Alianza Editorial, 1969; DAMASO ALONSO, "Originalidad de Bécquer", en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1952; LUIS CERNUDA "Gustavo Adolfo Bécquer", en *Estudios sobre poesía española contemporánea*; "Bécquer y el Romanticismo español", en *Prosas sueltas en revista*. Todos ellos reunidos en *Prosa completa*, Barcelona, Barral Editores, 1975.

En el texto hemos citado a Celaya porque en repetidas ocasiones se ha mostrado entusiasta de los escritos becquerianos, y porque él mismo ha participado en la bibliografía del lírico sevillano: GABRIEL CELAYA, *Bécquer*, Madrid, Júcar, 1972.

- (2) JOSE PEDRO DIAZ, *Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, Gredos, 1964.

para los grandes poetas del siglo XX, precisamente cuando ya se agotaban las últimas derivaciones epigonales de aquella estética.

Pero no está en mi intencionalidad cubrir estas breves líneas con un catálogo de citas sobre la huella que marca el autor de las *Rimas* en la lírica moderna, recordemos que Cernuda le confiere un papel equivalente al de Garcilaso para nuestra literatura clásica (3), sino de qué manera su obra consiguió remover en Juan Rejano una labor, la de crítico, en realidad poco prolífica, y que, para muchos, atravesó casi de incógnito. La ocasión me la proporciona ahora la relectura de "La piedra solitaria de Bécquer", artículo que apareció en la revista *Romance* (4), y donde el de Puente Genil trató de forzar a síntesis algunas constantes en la producción becqueriana.

Como Cernuda (5), Rejano no desaprovechó esta oportunidad para emitir su opinión sobre la literatura romántica española. Si el autor de *Ocnos* la invalida por considerar que se entendió como un frívolo juego de transformaciones -las ruinas paganas por la catedral; la ninfa por ondina; Horacio por Hugo-; el escritor de *Memorias en llamas* -el libro donde Rejano se dejó cautivar, como en ninguna otra vez, por el tono, los temas y hasta es posible que por las formas métricas de Bécquer-, percibe "una rigidez de cosa acartonada, un aire de bambalinas mal disimulado, cuando no, en ocasiones, una grandilocuencia postiza, por donde se iba el verdadero perfume de lo romántico" (6). Juan Rejano lamenta reconocer que el Romanticismo español sólo produjo obras y personalidades de escaso rango (exceptúa cierta producción de Espronceda por afinidad con Byron, y la crítica, que no la obra creativa, de Larra), no participando en la consideración hacia el duque de Rivas, como escritor de la plenitud romántica, ni de la de Zorrilla, como el vate donde lo romántico adquiere su fisonomía nacional: "Ni con uno ni con otro, ni con los que, entre uno y otro, se asomaron a la lírica, a la novela, al teatro, consiguió el Romanticismo esa suave y aromada brisa, que a veces es huracán arrebatado, pero que también es expresión de un destello interior, purísimo fulgor naci-

- (3) LUIS CERNUDA, "Gustavo Adolfo Bécquer", artículo citado, pág. 324.
- (4) JUAN REJANO, "La piedra solitaria de Bécquer", en *Romance*, México, Agosto, 1940, N^o 14, págs. 11 y 17.
- (5) LUIS CERNUDA, "Bécquer y el Romanticismo español", artículo citado, pág. 11.
- (6) JUAN REJANO, "La piedra solitaria...", artículo citado, pág. 11.

do de las tinieblas, de las angustias más hondas" (7). Casi lo mismo que, seis años antes, Cernuda, refiriéndose a Bécquer, había nominado como la "incorporación de lo vital en la atmósfera de lo poético" (8); y antes y después que él, otros muchos, incluido Rejano, como la "emoción interior". Es decir, el verdadero y eterno sentimiento de la poesía que, en realidad, no es otra que la impresión que nos produce la lectura de Bécquer y no la de los poetas citados.

Bécquer es para Juan Rejano el más alto lírico español, el único, dice, del siglo XIX, de cuya cima no lograron descenderlo ni la mediocridad de la época, de su época (el poeta cordobés no ahorra jamás ninguna tarascada para los retóricos semiparnasianos, entre ellos Nuñez de Arce), ni la que le sucedió (9). Su peor batalla, y sin embargo su más grandiosa victoria, fue la que sostuvo con los imitadores. Lo becqueriano, según el crítico, eso que se acostumbra a mal identificar con languidez, melancolía, suspiro, etc., atrajo e influyó en muchas imaginaciones, aunque lo que era Bécquer en el fondo de su personalidad creadora, no logró ni un solo prosélito. Tres ejemplos cita Rejano, no de afinidad, sino de aproximación sería al espíritu poético del romántico. Estos son los casos: el de Unamuno en su poema *Teresa*; el de Alberti en *Sobre los ángeles* y, como no, el de Cernuda en *Donde habite el olvido*. La tríada de ejemplos estimamos que ha sido, por parte de Rejano, restrictiva en exceso, pues habría que hablar de algo más que de contagio becqueriano en Juan Ramón, en los Machado, por no reincidir en la generación del 27, la más unida a Bécquer de entre las que se han sucedido desde el poeta hasta hoy, según afirma Cano (10) al abordar, precisamente, el análisis de la obra de Vicente Aleixandre, desde el fervor reconocido por el propio autor de *Sombra de paraíso*, hacia su paisano: "Bécquer fue el poeta que amé en seguida, y ese gusto no ha sufrido ningún eclipse. Él fue el revelador para mí del mundo romántico" (11).

(7) Idem.

(8) LUIS CERNUDA, "Bécquer y el Romanticismo...", artículo citado, pág. 1265.

(9) JUAN REJANO, "La piedra solitaria...", artículo citado, pág. 11.

(10) JOSE LUIS CANO, "La fusión con la naturaleza en Bécquer y Aleixandre", en *Estudios sobre Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, C.S.I.C., 1972, pág. 641.

(11) Idem., pág. 642.

Rejano creyó en la influencia de Heine sobre Bécquer; Cernuda, no. Para éste, todo ha sido una estrategia de los traductores españoles, al querer presentar similitudes externas, que no verdaderas semejanzas de inspiración entre ambos poetas. El hecho en sí no vale la pena de amplificarlo, sobre todo por haber originado duros combates entre la crítica española, tan adicta en cualquier momento al ejercicio de parecidos y comparaciones. Y muchos menos, tratándose de Cernuda/Rejano, cuando es evidente que los dos, desde sus propias individualidades, rinden el mismo tipo de vasallaje al escritor romántico. Lo que sí interesa señalar es que Rejano vincula a Bécquer con el autor de *Intermezzo*, sólo cuando trata de uno de los fenómenos que, para él, no se puede pasar con ligereza al abordar sus claves poéticas. Se refiere el cordobés a la búsqueda de espacios grises y paisajes melancólicos, ubicados, casi siempre, en geografías norteñas. Es entonces, cuando Rejano argumenta en favor de Heine, cuya presencia, advierte, sin ser decisiva, fue cierta; pues, a través del alemán, buscará Bécquer, y de manera apasionada, los climas enigmáticos. El comentarista ejemplifica, como se ha venido haciendo tan reiteradamente cuando del asunto se trata, con las “leyendas”, donde más que el interés de una intriga o el carácter de unos personajes, al poeta le atrae el halo de misterio que los rodea y el aroma que los hace aparecer como irreales: “la irrealidad es, casi siempre, la atmósfera donde más a gusto y con mayor holgura se mueve Bécquer” (12). De ahí sus preferencias hacia las tradiciones, las consejas, los cuentos de aparecidos y los relatos de aldea, “pues siempre está en primer término el milagro y el asombro hacia los sucedidos, que no tienen una señas de origen ni un final explicable” (13). Hay momentos, según explica Rejano, que la propia memoria del poeta llega a formar parte de esa nieblas en que se envuelve la anécdota. Las fronteras entre *sueño/vigilia*; *realidad/ficción*, se borran en Bécquer. Le cuesta gran esfuerzo saber qué cosas sueña y cuáles le han sucedido. Rejano aventura que el poeta vería surgir extrañas deidades por entre la maleza de los jardines frecuentados; y hermosas mujeres bajo las aguas de los estanques y fuentejillas sevillanas. En las puertas de los cementerios pretendería oír los diálogos entre los muertos; y en los cielos anubarrados, creería observar formas increadas o residuos de seres que existieron, pero a los que les atemorizaba la nada. Y todo, en alternancia con unos paisajes, verdaderos telones escenográficos, como

(12) JUAN REJANO, “La piedra solitaria...” artículo citado, pág. 11.

(13) Idem.

estudió García Viño (14), y que Reyes Cano (15), más recientemente, ha ensayado documentar, y con resultados muy atractivos, en los espacios interiores de Sevilla, cuya evocación le sugerirá a Bécquer trasfondos y matices para esa expresión de su mundo personal. En esto, sólo en esto, afirma Rejano, se puede hallar la voz desnuda del Romanticismo: “voz con eco germánico, con un leve acento de gustos a la moda de Europa” (16).

Viajar, facilita a Bécquer adentrarse en la “tradicción arqueológica”, es decir, en los sordos testimonios del pasado, esos lugares comunes que apenas se incluyen ya en las guías de los itinerarios románticos: castillos, ruinas, templos, viejas ciudades, etc. Pero el poeta tiene también la posibilidad de conectar con las nuevas normas de vida que él, siempre atento a cualquier tipo de mutación, observa entre absorto y melancólico: “me complazco en asistir a esa inmensa e irresistible invasión de las nuevas ideas que van transformando poco a poco la faz de la Humanidad” (17). En consecuencia, dará culto, casi fetichista, a todo lo que es pretérito: “la misma certeza que tengo de que nada de lo que desapareció ha de volver, y que en la lucha de las ideas, las nuevas han herido de muerte a las antiguas, me hace mirar cuanto con ellas se relaciona con algo de esa piedad que siente hacia el vencido un vencedor generoso” (18). Raras son las ocasiones en que el lector se puede enfrentar con un discurso de expresividad tan plenamente romántica, como este que acabamos de transcribir y donde entra en juego un ingrediente fundamental de la ideología becqueriana: el tradicionalismo. Bécquer percibió cómo el pueblo iba escalando protagonismo, y que de su brazo, la dinámica del progreso resultaba imparable. Una lectura sociológica de *La Venta de los Gatos* y *La mano blanca* parece facilitarnos el aporte crítico del poeta a la Sevilla isabelina, que vivió una etapa de desarrollo económico y

- (14) M. GARCIA-VIÑO, “Los escenarios de las leyendas becquerianas”, en *Estudios sobre Gustavo Adolfo Bécquer*, obra citada, págs. 335-346.
- (15) ROGELIO REYES CANO, *Sevilla en la obra de Bécquer*, Sevilla, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla. Biblioteca de temas sevillanos, 1980.
- (16) JUAN REJANO, “La piedra solitaria...”, artículo citado, pág. 11.
- (17) Incorporo el texto seleccionado por JUAN REJANO en “La piedra solitaria...”, artículo citado, pág. 11.
- (18) Idem.

que conllevó la transformación de su fisonomía urbana: “el desacuerdo de Bécquer con esa *modernización* -comenta el profesor Reyes-, no responde a una simplista exaltación del pasado, sino a la “gratuidad” de las muchas reformas que a su juicio acarrearón la pérdida de la personalidad de Sevilla” (19).

Rejano insiste, igualmente, cómo en la época becqueriana, lo romántico empezaba a utilizarse como un “perfume barato”. Las ideas positivistas, con los primeros balbuceos realistas, daban pasos a estilos de vida que en vez de aromar, atufaban. Ni el mismo Bécquer pudo escapar a esa influencia. Los ejemplos que incorpora Rejano, aunque de intención prosáica, son enfáticamente significativos de lo que venimos diciendo:

Voy contra mi interés al confesarlo,
pero yo, amada mía,
pienso cuál tú, que una oda sólo es buena
de un billete de Banco al dorso escrita.
(Rima XXVI) (20)

o bien aquella otra “rima”, donde se logra el contraste grosero buscado:

¡Qué hermoso es ver el día
coronado de fuego levantarse,
y a su beso de lumbre
brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,
dormir bien....y roncar como un sochantre....
Y comer, y engordar! ¡Y qué desgracia
que esto sólo no baste!
(Rima LXVII) (21)

La desgracia a ese “progresismo” que le incomoda, se alivia con las visitas generalizadas a los templos, en los que Bécquer halla una de

- (19) ROGELIO REYES CANO, *Sevilla en la obra de Bécquer*, obra citada, pág. 24.
- (20) GUSTAVO ADOLFO BECQUER, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1973, pág. 421.
- (21) *Idem*.

sus fuentes inspiradoras y el confortamiento anímico, a través de la meditación espiritual: “entraba a buscar el encanto poético que flota bajo sus arcos, los perdidos rincones, las inscripciones enigmáticas, los contrastes de luz en las ojivas y de las llamas de los cirios al resbalar por los muros, los sepulcros de piedra donde se alzan hieráticas figuras de guerreros, de príncipes, de monjes. Entraba, en definitiva, tras el misterio.....” (22).

Rejano concluirá su glosa sobre Bécquer -lo que arrancó desde una perspectiva crítica culminará con una visión estética-, haciendo brevísima estación en el tema del amor, al que el romántico andaluz también tiñó de irrealidad. ¿Poeta del amor?, se preguntaba Cernuda, para responder de inmediato: “Sí, sin duda, si vemos el amor no como un vago e impreciso sentimiento....hay también una pasión horrible, hecha de lo más duro y amargo, donde entran los celos, el despecho, la rabia, el dolor más cruel” (23). Tampoco encuentra Rejano en los himnos eróticos becquerianos, actitudes jubilosas o desgarradoras, sino malestares y sufrimientos que nos llegarán siempre desde el recuerdo o la evocación: “Bécquer quiere desde la sombra y reflejarse en el ser amado sin exigirle otra dádiva que la comprensión” (24). Una flor, un riachuelo, la piedra desgastada por el tiempo, un rayo de luz; un ser humano -no exclusivamente la mujer-; cualquier elemento vulgar de esos que, si se buscan, también se hallan en su obra-, podrá convertirlo el sevillano en materia amorosa y en materia poética. Juan Rejano pareció percibir esa excepcional potencialidad -la que distingue al verdadero poeta- en los versos de este Midas romántico.

Porque Rejano lo supo y quiso hacernos partícipe de ese conocimiento, creo que escribió ese comentario sobre el que por unos momentos nos hemos detenido. De él se extrae la idea de que fue Bécquer un poeta fiel a su destino; que agotó su corazón en el dolor propio y el amor de los demás, pero que, sobre todo, y gracias a él, no toda la lírica del XIX” se despeñó teatralmente y fue a parar al desierto” (25).

(22) JUAN REJANO, “La piedra solitaria...” artículo citado, pág. 11.

(23) LUIS CERNUDA, “Bécquer y el romanticismo español”, artículo citado págs. 1271.

(24) JUAN REJANO, “La piedra solitaria...” artículo citado, pág. 17.

(25) Idem.